



Por todo el Eire, olas de protesta por la detención del jefe del IRA, Sean Mac Stiofain.

IRLANDA

MAÑANA ESTARAS MUERTO

"Mañana estarás muerto.
No: mañana tu patria desper-
tará.
¿Qué importa, pues, tu muerte,
la mía, y quién piensa en el
[que caerá?
¡Nuestra patria vivirá!"
Terence Mac Swiney, "La mú-
sica de la Libertad" (1907).

Fue sumamente sencillo. Un hombre se murió de hambre y sed. Voluntariamente. En una mazmorra británica. Su nombre, Terence Mac Swiney, alcalde de Cork. Era un militante sinnfeiner. Dicho con palabras de su hermana: «Desde la fundación del Sinn Fein, su historia personal fue la historia del movimiento». Se incoaban los felices años veinte. Cincuenta y dos años más tarde, toda la Irlanda limpia tiene en su corazón aquel cadáver que pasmó, en su día, al mundo. Porque también sencillamente, mientras escribo este artículo, Sean Mac Stiofain se está dejando morir de hambre. O quizá haya muerto ya en este momento. Sean Mac Stiofain es un dirigente del Sinn Fein. La lucha a muer-

te sigue. Y es una guerra más triste, más larga, más solitaria que la de Vietnam.

Desde el siglo XVI, Irlanda fue oprimida, exprimida y casi suprimida por sus poderosos vecinos imperiales. Le arrancaron, al paso implacable de las torturas y los crímenes, su cultura propia. Casi borraron su idioma céltico peculiar. El idioma glorioso del Leabar Gabala, de los poemas del ciclo ossiánico genuino, de las delicadas canciones bárdicas y eclesiásticas. Desde 1500 a 1700, todo manuscrito gálico que los ingleses pudieron encontrar fue bárbaramente destruido. Más aún: durante los horrores de las guerras cronwellianas, la posesión de un escrito en irlandés se penaba con la muerte.

El siglo XIX fue en Irlanda una lucha continua en el frente político y en el frente armado e insurreccional. Después de la turbulencia oratoria de O'Connell, que se debatía contra la opresión colonial con el solo fuego de las palabras, el hambre de 1843 diez-

ma el país, aniquila poblaciones enteras, precipita al «underdog», al subhombre campesino, harapiento, por los caminos de la protesta silenciosa conocida con el nombre de emigración. En 1848 estalla la rebelión armada. La sociedad feniana, formada inicialmente por veteranos de la guerra de Secesión de Norteamérica, se lanza, osada y magnífica, por el sendero de la guerrilla urbana. Sus jefes mueren altivos, fríos, en los patibulos ingleses. Parnell combina, en gran estrategia, la agitación agraria a través de la Land League con el diario batallar en el Parlamento británico. Más sociedades secretas, como los Invencibles, retoman incansantes la acción militar en defensa del poor paddy, del campesino pobre y de la nación irlandesa. Hasta después de la primera guerra mundial no desiste el pueblo irlandés en su guerra de liberación nacional, dirigida ya por el Sinn Fein, que en las elecciones de diciembre de 1918, gana setenta de los setenta y dos distritos irlandeses. Los diputa-

dos que no están presos o huidos, no van a Londres. Se sientan en Dublín, se erigen en Dail Eireann, o Asamblea Constituyente, y proclaman la República de Irlanda. La lucha armada sigue mientras Eamon de Valera negocia con Lloyd George la independencia de Irlanda. Y muere Mac Swiney.

Pero será una falsa, nominal independencia. La lucha nacional-popular de los irlandeses llevaba en sí una poderosa línea obrera al lado de una corriente clerical conservadora. En lo más duro de la refriega se había batido el Citizen's Army (antepasado directo del IRA), animado por el dramaturgo Sean O'Casey, y esta formación armada fue saludada por Lenin como el primer ejército proletario de Europa. Venció, sin embargo, el nacionalismo burgués. Y este nacionalismo administró hasta nuestros días la República del Eire. O mejor dicho: el nacionalismo burgués administró y administra en el Eire los intereses imperialistas de la vieja raposa inglesa. Y perdónese me

el lugar común, como homenaje a León Felipe.

Encastillada en la provincia irlandesa del Ulster, una oligarquía capitalista y terrateniente de origen anglo-escocés se mantuvo unida al Imperio británico. A sus pies, el buen pueblo autóctono queda despojado de sus derechos civiles y artificioosamente aislado del proletariado anglo-escocés, que recoge las migajas del banquete oligárquico y se desolidariza con los oprimidos irlandeses. El Sinn Fein, con su veta socialista, pierde el control del Eire, que cae bajo el poder del reaccionario Fianna Fail. Eamon de Valera, el gran símbolo vivo convertido en un anciano ultraconservador, coloca fuera de la ley al IRA en el año 1939. Le temían.

Pero en el Ulster la situación es insostenible. El Gobierno de Dublín no hace nada por remediarla. Intuye que puede ser el detonante de una nueva situación. De una nueva fase de la revolución irlandesa. Y en este punto, maduro y casi podrido el fruto de la opresión, el movimiento de los derechos civiles del Ulster saca a la luz del mundo una excelente gata cargada con todo el dolor secular de Irlanda. Bernadette Devlin, que desencadena una fastuosa campaña de relaciones públicas que levanta eczemas en la opinión conservadora. Raymond Cartier se recochina en lenguaje fascista, des-



Sean Mac Stiofain.

cribiéndola como «copiosamente preñada» por un gauchista sin moral. La gata toma helados, azuca, araña, va a la cárcel, retoma en Westminster el verbo encendido de O'Connell y de Parnell. Se declara socialista. Es este el momento en que el Sinn Fein asume de nuevo su misión redentora y concentra sus golpes sobre el Ulster, eslabón débil de la revolución irlandesa. Las tensiones

sociales y el planteamiento de clase se hacen tan evidentes en el Ulster, que el Sinn Fein se escinde. Los «oficiales», marxistas-leninistas, continúan con la sombra de O'Casey sobre sus hombros. Consideran que es preciso unir a todas las clases populares del Ulster —sin distinción de religión ni origen étnico— contra la oligarquía anglo-escocesa y contra el imperialismo, y que su

brazo armado, el IRA, debe servir únicamente de apoyo del movimiento político y de la lucha de masas. Los «provisionales», al contrario, son nacionalistas desesperados, amargados, suicidas, gloriosamente acrílicos. Su ataque frontal es fundamentalmente militar y no selecciona los objetivos en función de la lucha de masas y de la unión por la base de todo el pueblo del Ulster.

No hace mucho tiempo, los dirigentes del Sinn Fein (oficial) acusaban a los «provisionales» de actuar al servicio del Fianna Fail reaccionario. Sin duda, éste jugó la baza de la violencia en el Ulster a fin de negociar en posición ventajosa con Inglaterra; y ese sería el momento en que el Sinn Fein (oficial) suspendió la lucha armada y se centró en la práctica política nacional-popular con objetivos estratégicos socialistas. Londres, Dublín, quizá la CIA, debieron temer mucho que el movimiento en el Ulster condujera, a largo plazo, a toda una Irlanda democrático-popular, y se pusieron de acuerdo. El Fianna Fail de Lynch (horrible nombre) está, quizá, en el camino de un pacto con el Gobierno británico y con el Gobierno títere del Ulster, para integrar pacíficamente las dos Irlandas dentro de la Ley y el orden. Esto es: cambiar el marco institucional para que no cambien los datos económicos y sociales del país. Contubernio oligárquico que se rubrica con la prisión de Sean Mac Stiofain a unos simbólicos seis mesecillos de dulce prisión irlandesa. Es claro, a estas alturas la violencia ciega del Sinn Fein (provisional) y de su brazo armado, el IRA, ya no son necesarios a la política del Eire.

Pero los caminos de la Historia no son rectos. Suelen cobrar la forma de espirales ascendentes. Los providencialistas afirman que Dios escribe derecho con renglones torcidos. Y los alocados, tiernamente fanáticos «provisionales», ven, de pronto, que de nuevo su patria va a ser vendida como una vaca en el mercado. Y levantan las orgullosas cabezas celtas. Sean Mac Stiofain asume la tradición de los que cayeron en la batalla de Bonne, la tradición de lord Edward Fitzgerald y los 30.000 de 1798, de los Fenianos, de los Moonlighters, la tradición de Allen, Larkin y O'Brien, mártires empecinados. Asume, sobre todo, el ejemplo de Terence Mac Swiney y se dispone a morir de hambre, como él. El único alimento que permite que descienda por su esófago es la Comunión. Porque Mac Stiofain es católico romano.

Pero quien, inocente, crea que la lucha en Irlanda es de religiones o que el catolicismo fue el motor principal de la larguísima

Bernadette Devlin, con Rory O'Brady, presidente del Sinn Fein, en el Liberty Hall, de Dublín.





Colonia
After-shave
Crema de afeitar
Gel
Desodorante

HIDALGO

de Myrurgia.



Una colonia para hombre
que se queda en la imaginación
de las mujeres.

MAÑANA ESTARAS MUERTO

lucha popular está muy equivocado. Julius Pokorny (máxima autoridad en lingüística céltica) afirmaba en 1944: «Si hoy se sirven de su lengua materna solamente unos cuatrocientos mil irlandeses se debe, aparte de a la política escolar inglesa, principalmente, a la actitud antinacional simultánea a la (lucha de) liberación —1829— de ciertos círculos católicos a los que sólo les interesaba hacer de Irlanda una estación misional para la conversión de Inglaterra, y por eso en todas partes favorecieron la lengua inglesa. Tan sólo en estos últimos años se acordó el clero, especialmente el bajo, de sus deberes nacionales» (Julius Pokorny, «Altheltische Dichtungen», Berna, 1944; traducción gallega de C. F. de la Vega y R. Piñeiro, Santiago, 1952). Y Ramón Otero Pedrayo, católico practicante, escribía en la revista «Nos» (diciembre de 1921): «Conviene fijar bien las ideas para no hacer de la causa irlandesa uno de los episodios de las luchas religiosas». En el mismo texto comenta que tres jefes fenianos proclamaron antes de morir: «Vamos a llegar a la presencia de Dios; ni nos remuerde la conciencia ni rectificamos nada de lo hecho. Sólo nos queda decir: Dios salve a Irlanda». Habían volado la prisión de Clerkenwell, atacado el castillo de Munster, acometido a la Policía de Manchester. El Gobierno inglés obtuvo de Roma la excomunión de los rebeldes, y el cardenal Cullen les negó la sepultura en tierra sagrada. Más todavía: cuando la Land League, de Parnell, desenvolvía una profunda agitación campesina contra los **Landlords**, el Gobierno inglés consiguió de León XIII la emisión del Decreto «De Parnellio», en el que condenaba tajantemente la rebelión agraria.

El movimiento nacional-popular irlandés no es una lucha religiosa. Es la lucha entre un pueblo oprimido y sus opresores. Una colección de enmascaramientos (el principal, el religioso) intoxican, velan, corrompen la visión correcta del problema. Dentro del movimiento nacional-popular irlandés compiten dos tendencias por el liderato. La una es la tendencia burguesa, representada por el Fianna Fail, y la otra, la tendencia obrera asumida por el Sinn Feinn (oficial). Entre ambas, el Sinn Feinn (provisional) deberá decidir. La muerte de Sean Mac Stiofain o su salvación «in extremis» harán

de él, alternativamente, un símbolo indestructible o un héroe vivo y actuante. En todo caso, la movilización popular ha sobrepasado el Ulster y ya ha alcanzado al Eire. Consecuencia probable de todo ello es que, definitivamente, las masas irlandesas alcancen a aislar a su enemigo principal: los notables anglo-escoceses del Ulster, la oligarquía entreguista del Eire y el imperialismo británico. Puede que el pueblo decida dirigir todos los golpes contra estos tres blancos que son un mismo blanco. Naturalmente, esta toma de conciencia obligaría a la reunificación del Sinn Fein y de su brazo armado, el IRA. Lo que parece evidente es que Irlanda no se dejará vencer fácilmente por una situación de unidad e independencia neocolonialistas. Joseph Mary Plunkell, poeta muerto en 1916, ya lo había previsto:

«Ningún criminal enemigo debe profanar jamás el suelo, pues están abonados de sangre y de lágrimas los campos./Ninguna añagaza de mala paz nos podrá arrancar/la herencia de nuestros padres hasta el día del juicio».

Todo pueblo que lucha por su liberación lo hace irremediamente solo. Pero más solitario que ninguno se halla y se halló siempre el irlandés, arrastrando un larguísimo combate de siglos. Más que nadie lo saben ellos. La traducción literal de Sinn Fein es «nosotros solos». Pero si muere Sean Mac Stiofain puede que dejen de estar tan solos. Puede que su cadáver se agrupe con el de Patrice Lumumba. Puede que los jóvenes, los obreros, los intelectuales libres del mundo se den cuenta de que en Europa existen situaciones coloniales y neocoloniales. Y muchas manos limpias se tiendan hacia el tristísimo país que sume en el laberinto y en el caos a sus poetas, hasta encerrarles, como a Bckett, en la incomunicación total; inculparles hacia adentro, como a Joyce; quemarles en el resentimiento de clase, como a O'Casey; ceñirles al alcohol y al masoquismo, como a Behan.

Una noche, quizá en 1959, en una taberna de Bear Lane, en Oxford, Brendan Behan pronunció en mi presencia terribles palabras contra el corazón mismo de su patria. Estaba ebrio. Supe entonces, de repente, que el sudor que resbalaba por sus mejillas abotargadas era el sudor de toda una nación sencillamente mártir.

No hay sólo palestinos. ■
X. L. M. F.

Los Contem pora neos

DULCES Y AMARGOS RECUERDOS

«La OTAN se acuerda de España»: una desgracia. Las palabras del secretario general de la organización, Joseph Luns, en Bruselas, son considerablemente téticas. España tiene unas condiciones militares y geoestratégicas excelentes, que la hacen ocupar un puesto importante en la defensa de Europa». Por lo tanto, «la OTAN no la ha olvidado nunca, y sabe que en el futuro tiene que contar con ella». ¿Cuál puede ser ese futuro? Una nube en forma de hongo invade la pantalla y...

Flash back: Durante todo el verano de 1948, un grupo de países europeos discuten en los Estados Unidos la formación de un pacto militar. Simultáneamente comienza a funcionar el Plan Marshall (imágenes de archivo: secuencias de «¡Bienvenido, Mr. Marshall!»). Un riego de dólares. Primero son los cuatrocientos millones de la Doctrina Truman para Grecia y Turquía. Luego, cinco mil millones de dólares sólo para el año 1948-49 en Europa; doce mil ochocientos millones para un cuatrienio. A medida que se daban dólares avanzaba el tratado militar. Primer plano: El general Marshall hablando: «... no está dirigido ni contra un país ni contra una doctrina, sino contra el hambre, la pobreza, la desesperación y el caos». Funde con imágenes de archivo, generosamente prestadas por don Rogelio Díez, director de «No-Do»: Calles de Madrid sin tráfico, automóviles con gasógeno, niños mirando escaparates de La Criolla, caballero atragantándose con pan negro. Imagen de político europeo nutrido de dólares: «Europa Occidental muestra una asombrosa facultad de rejuvenecimiento en su reconstrucción...». Estampas del «milagro alemán». 1949, 4 de abril, Washington: Bélgica, Canadá, Dinamarca, Francia, Gran Bretaña, Islandia, Italia, Luxemburgo, Holanda y Portugal firman el Pacto de la OTAN con los Estados Unidos. 1951, Londres: Entran Grecia y Turquía. 1954, París: Entra Alemania Occidental. ¿Y España?... No, Europa no acepta a España...

Flash forward: El mundo se ha vuelto loco. Hay sospechas de que va a comenzar la tercera guerra mundial. Imágenes de cáñones de cañones a los que se les quita su cobertura de plástico, aviones despegando, telegra-

mas en clave, Joseph Luns, notablemente inquieto, toma el «teléfono rojo». «Pónganme con España». Habla Luns: «Esto está a punto de comenzar, **caballeros** (lo subrayado, en español en el original). La OTAN nunca les ha olvidado, como ustedes bien saben. Su posición estratégica, etcétera, etcétera». Contraplano: La contesta Gila: «Oiga, ¿es ahí la guerra? Que mi mamá dice que tengo un poco de fiebre, que no puedo ir ahora...».

La OTAN es un organismo en crisis. Le ha partido por la mitad la coexistencia. Ya no da dinero: lo va a costar. Hace cuatro años llegó Nixon al poder y comenzó a explicar que los vietnamitas debían hacer su propia guerra (todavía no lo ha conseguido) y que los europeos debían costear su propia defensa. Aquel a quien el desvergonzado Norman Mailer llama «el padrino» considera que Europa no tiene por qué recibir ayuda militar de los Estados Unidos. Su secretario de Defensa, Melvin Laird, se ha ido a Bruselas a decirselo a todos una vez más: «Los países aliados de los Estados Unidos piden a sus aliados de Europa Occidental que incrementen sus contribuciones financieras y que aporten mayores efectivos humanos y de material bélico para mantener el nivel de la fuerza atlántica integrada», dice textualmente la misma información periodística que, casualmente, recoge el emocionado recuerdo a España de Joseph Luns. Un raro azar. En Helsinki se dan los primeros lentísimos pasos para que un día los bloques militares se disuelvan o se entiendan; en Ginebra va a comenzar a discutirse en febrero la reducción de tropas en Europa. Momento oportuno para el recuerdo de Luns.

La OTAN se acuerda de España... Y España se acuerda del Plan Marshall. La OTAN piensa en el futuro. Y España, también...

POZUELO